

EL DRAMA DEL POPULISMO ECONÓMICO ARGENTINO

Por Ludovico Videla, Buenos Aires agosto de 2017

Introducción

Una leyenda divulgada en la Argentina, dice que los políticos populistas aman tanto a los pobres que cuando gobiernan no hacen otra cosa que multiplicarlos.

Si analizamos los indicadores más relevantes de la Argentina en las últimas décadas comprobamos que lo que más rápido ha crecido es el número de pobres. La Argentina ha frenado hace muchos años su expansión y el estancamiento termina empobreciendo todo.

Cuando no se puede frenar sus efectos con eficacia la pobreza tiene un efecto acumulativo. La familia pobre, en general débilmente estructurada, transmite sus carencias a sus descendientes a través de un cuidado de la salud deficiente y una educación pública de mala calidad, no compensada por los padres.

La pobreza es en gran medida un fenómeno de niños pobres, parcial o totalmente abandonados y lanzados a la vida en un contexto desfavorable y lleno de peligros para su integridad humana y por sobre todo moral. La natalidad de los pobres es mayor a la de los ricos.

La respuesta del Estado populista a este desafío es muy tibia porque los niños no votan, y si lo hiciesen, el dinero que ofrecen los planes sociales oficiales, única herramienta gubernamental, no es capaz de resolver lo que verdaderamente necesitan: un padre y una madre que los cuiden, una escuela que los eduque, un sistema de salud que los proteja y una sociedad que le brinde algunas oportunidades para desarrollarse.

Las personas de mi generación, hemos sido testigos obligados de una decadencia cíclica continua de la Argentina. Una tras otra, las experiencias fracasaban después de repetir siempre, sistemáticamente, recetas parecidas. Sin duda no era una cuestión de ignorancia técnica. Con sus altibajos, las escuelas de economistas argentinas han estudiado y diagnosticado los caminos a emprender y los falsos atajos a evitar. En general no han sido escuchadas y las mejores intenciones sucumbieron ante el arrollador empuje del populismo.

En otros países vecinos, como Chile y Perú, por ejemplo, el “virus populista” también contagió su política en diferentes etapas históricas, pero finalmente han conseguido superar, sino totalmente, en gran medida, esta enfermedad.

En este ensayo pretendo reflexionar sobre esta persistencia argentina en el populismo económico. Sin duda conocer las razones de esta atracción fatal, puede contribuir a superar este bloqueo mental y cultural. Los movimientos totalitarios más duros han felizmente desaparecido, el fascismo, el nazismo, el comunismo soviético y el maoísmo. Pero persiste el populismo como una derivación de la democracia liberal.

El populismo económico es una variante del populismo político, con rasgos comunes que identifican a estos movimientos, actualmente creciendo en varios lugares del mundo, pero que cada uno posee una estructura cultural nacional que define su estilo y alcance.

Mi propósito es describir, a grandes rasgos el populismo argentino y sus consecuencias económicas y tratar de indagar sobre su persistencia.

El populismo como fenómeno político

El populismo político ha sido descrito por François Furet como un movimiento surgido del ideario de la revolución francesa.¹ Postula una ideología democrática y popular que concibe la democracia como el modo de emancipación del pueblo, actor central del drama revolucionario, contra la resistencia de sus enemigos.

Los actores del fenómeno populista son en primer lugar el líder, que aglutina y dirige al pueblo. Éste es el segundo - sujeto evidente aun cuando su definición está en discusión- en el camino de la liberación de las cadenas que impone el enemigo.

En mi país los “enemigos”, que tienen una alta cuota imaginaria son: la oligarquía vacuna, el imperialismo yanqui, los poderes internacionales y otros semejantes.

De la trilogía de la revolución francesa – libertad, igualdad y fraternidad- el populismo cuida de la igualdad, por sobre todo. El afán igualitarista está profundamente arraigado en la Argentina. Es un deseo de igualdad de resultados no de oportunidades y es el Estado, en este caso el Estado Social, el llamado a cumplir este mandato.

Algunos autores como Loris Zanatta, sociólogo italiano que ha estudiado la historia de la Iglesia Católica local y su influencia política, atribuye al triunfo de una corriente eclesial antiliberal, antiluminista y corporativa, la gestación de un movimiento social y cultural influyente, que se ha expresado políticamente en el peronismo. El populismo sería entonces un movimiento neo católico.²

Me parece que el atractivo del peronismo está más relacionado con patrones comunes a todos los movimientos populistas. En este caso explota la inseguridad económica que produce la economía de mercado y ofrece una falsa seguridad desde el Estado. El carácter antiliberal no es mayor al de otros movimientos totalitarios ,como el fascismo y el nazismo, por ejemplo, que también son tributarios de la revolución francesa y del iluminismo.

Es cierto que algunos clérigos, puestos a hacer política, se sienten acogidos por la fraseología peronista y sus permanentes referencias al “pueblo”, que incluso ha dado origen a una corriente teológica definida como “teología del pueblo”. Pero su influencia, es a mi juicio, menor. La Argentina es un país culturalmente secular con una práctica religiosa reducida, inferior al 10% de los creyentes.

Creo que el populismo en la Argentina da respuesta a ciertas notas de la sociología local que están firmemente instaladas y no tienen vinculación con el fenómeno religioso. Son creencias que están y definen un modo de ver la realidad.

La creencia central de la cultura populista argentina, es que el problema medular de la economía criolla es distribuir con justicia las enormes riquezas que posee y que produce el país. La distribución debe atender a la generosa declaración constitucional de derechos sociales y económicos, y si eso no se concreta es solamente por la acción de los diferentes enemigos del “pueblo”, cuya defensa asume la clase política populista.

¹ Furet, François, 1980, *Pensar la Revolución Francesa*, Ediciones Petrel, Barcelona.

² Zanatta, Loris, 2013, *Perón y el mito de la nación católica*, Eduntref, Buenos Aires.

La realidad es que esa producción no existe y sólo podría ser un resultado potencial que requiere mucho orden y trabajo. Pero hacer esto es muy difícil por la oposición populista.

“Gobierna para los ricos”, es la acusación a flor de labio de los populistas, a cualquier medida que implique reconocer la racionalidad del mercado.

Para el votante populista justificar su propio fracaso productivo, como resultado de una conspiración es muy confortable. Además, subsana con retórica la falta de iniciativa y abona un conformismo que frena la evolución de la situación.

Decía que lo que domina en el alma del “pueblo” es una creencia. Uso este término en el sentido que le dio Ortega y Gasset, es decir creer en algo es un estar en ello, en lo que se confía, no existiendo evidencia que pueda modificar esta convicción.³

Como fundamento de esta creencia está sin duda la realidad de los abundantes recursos naturales del país, a disposición de una explotación rentable del recurso. Pero la visión popular es casi mítica, da por cumplido el ingreso con la existencia del recurso. Esa suerte de desprecio o ignorancia de las complejidades de la producción, y la productividad, en particular del trabajo empleado, responde también a convicciones utópicas profundamente arraigadas.

Buscando respuestas a este fenómeno terminé convencido de la importancia de la sobreurbanización de la Argentina. Mi país no tiene casi población rural, a pesar de su dimensión y que el escenario de la producción es más bien rural. Esto hace que los ciudadanos urbanos, que definen las elecciones, son indiferentes a los obstáculos de la producción: la sequía, las inundaciones, o los cambios de precios que, como variables independientes, determinan resultados.

La preocupación por el ingreso y su distribución está muy extendida porque sin duda la Argentina es un país de realizaciones personales veloces. La población porteña que es la que domina la política y la cultura proviene, de la inmigración y mira hacia el mundo. La cultura francesa ha sido determinante en nuestros ámbitos universitarios y culturales y lo que pasa en Europa es indicativo, con bastante retraso, de lo que sucederá en la Argentina.

Las posibilidades del inmigrante en la Argentina no tienen techo, pero no todos lo logran o alcanzan lo que quieren. Los fracasados acumulan resentimiento y envidia. Algo similar sienten los viejos criollos desplazados por la inmigración y los indígenas sometidos por los criollos. El resentimiento y la envidia enturbian el alma argentina y la hacen cuestionar el orden espontáneo que resulta de la competencia y el mercado.

Pocos creen en el mercado en la Argentina, al menos en cómo se desarrolla localmente lleno de regulaciones y prohibiciones. Los funcionarios y los jueces han desarrollado una gran habilidad para sesgar toda norma para favorecer siempre a los más pobres, tengan o no el derecho. Los jueces del trabajo metodológicamente favorecen a los trabajadores, supuestamente más débiles. El resultado es una exorbitante conflictividad y un elevadísimo riesgo de contingencias. Los jueces, puestos a reparar injusticias en la distribución de los ingresos, terminan segando la fuente de ingresos, eliminando a las empresas.

En una encuesta realizada en América Latina por la Fundación Pew se le preguntó a la población, si estaba a favor del mercado como asignador de recursos y de ingresos.

³ Ortega y Gasset, José, 1940, *Ideas y creencias*, Espasa -Calpe Argentina, Buenos Aires.

En la Argentina el voto a favor del mercado llegó sólo al 52%, el más bajo de la región y el 60% considera que las diferencias entre ricos y pobres, es decir la desigualdad es el problema mayor de la economía ⁴.

Ahora bien, el populismo económico ha llevado a dos situaciones paradójales y negativas por buscar una igualdad que sustancialmente existe en América se ha destruido el orden y pretendiendo eliminar el riesgo y la inseguridad, se la ha aumentado.

Veamos el primer punto en palabras de un pensador argentino que escribe hace 70 años, “No se pone en duda aquí la sinceridad del gobierno peronista en su afán igualitario, en su afán nivelador de las situaciones sociales desparejas. Más, permita el gobierno que un oscuro ciudadano le diga con igual buena fe, que empeñarse por la igualdad en América es lo mismo que – y valga por criolla la popular expresión- “llevar naranjas al Paraguay”. Comporta ignorar la constitución misma, la constitución efectiva de la sociedad americana, no advertir que a esta última le es consubstancial la igualdad, que es su modo primario, espontaneo de sentir y concebir la vida en sociedad. Lo que primero y principalmente precisa la vida americana es orden, estructura, no justicia social.”⁵

El populismo como fenómeno económico

La literatura económica ha multiplicado sus ensayos sobre el populismo, a medida que su importancia política crecía. En un reciente artículo sobre el populismo se lo define como la corriente de opinión que postula políticas de corto plazo de protección social escondiendo sus efectos de largo plazo, usando para ello una retórica anti elite para manipular las creencias del pueblo. ⁶

Lo cierto es que según este documento la demanda de populismo económico surge por dos causas fundamentales. En primer lugar la inseguridad e incertidumbre sobre los ingresos, empleos y condiciones generales de la vida cotidiana. En segundo lugar, por la competencia laboral de la inmigración, su efecto sobre la identidad nacional y la inseguridad que, en ciertos casos, acarrea este fenómeno. La primera causa sería la que origina las ofertas populistas de izquierda, mientras que la segunda haría lo mismo con los de derecha.

En el caso argentino, todo el espectro político está teñido de populismo. Es imposible ganar una elección sin hacer concesiones a la cultura populista, que define lo políticamente correcto.

Pero quizás la nota de circularidad de la experiencia argentina y sobre la que se estructura su fracaso económico, está mejor descrita por Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards, en su obra ya clásica sobre la macroeconomía del populismo.⁷

En este ensayo, se describe muy bien el ciclo populista. Con grandes objetivos políticos, se hacen concesiones demagógicas, se tapan transitoriamente sus efectos adversos con controles e intervenciones directas y todo termina en una crisis.

⁴ <http://www.pewforum.org/2014/11/13/chapter-6-views-on-the-economy-and-poverty/>

⁵ Etchecopar, Máximo, 1966, *Esquema de la Argentina*, Club de Lectores, Buenos Aires, pp. 102-103.

⁶ L.Guiso, H.Herrera, M.Morelli, T.Sonno, “Demand and Supply of Populism”, Italian Ministry of Research (MIUR), 12 de julio de 2017.

⁷ Dornbusch, Rudiger, Edwards, Sebastián, 1992, *Macroeconomía del Populismo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México.

El drama del populismo -la historia argentina lo prueba- es que la crisis que provoca lleva paradójicamente a la gente a votarlo y sostenerlo. Al aumentar la inseguridad económica, la propensión marginal a votar al populismo, sube exponencialmente.

La primera fase del drama consiste en el uso de políticas fiscales y crediticias expansivas y la sobrevaluación de la moneda, para mejorar el poder adquisitivo del salario y redistribuir el ingreso.

En una economía con alta inflación ajustar los salarios nominales por el incremento de precios histórico, lleva inexorablemente a mantener un elevado registro del índice de precios. En general esa es la estrategia de los sindicatos que presionan principalmente al Estado, el gran empleador, convencidos de que un aumento de los salarios públicos será trasladado a las demás actividades.

Frente a esto, y para moderar la inflación, se apela a atrasar las tarifas y el tipo de cambio, favoreciendo aún más la redistribución del ingreso.

La redistribución opera porque la canasta de consumo que la forman bienes exportables de origen mayoritariamente rural. A veces el efecto se logra con un impuesto a la exportación – denominada “retenciones”- que reducen el precio de los bienes y contribuyen a financiar el aumento del gasto público.

El gasto social se incrementa y sube también el empleo público y el aparato regulatorio e intervencionista del Estado.

El financiamiento del fisco es inflacionario y se basa en los adelantos del Banco Central. En algunas circunstancias favorables el tesoro se endeuda en el extranjero, ya que el mercado de capitales local no tiene una magnitud significativa, después de décadas de alta inflación y fuga permanente de recursos.

También congelar las tarifas de los servicios esenciales es una forma sencilla de mejorar transitoriamente los ingresos.

En las fases más avanzadas surge la escasez de bienes, se acelera la inflación y el alza de la divisa, preanunciando la fuga de capitales y la desmonetización de la economía. El público ya ha aprendido y la demanda de dinero local es muy volátil y pequeña.

La crisis y el inevitable ajuste hace crecer la sensación de inseguridad económica y la oferta política populista se hace más intensa y crece en las encuestas. Con ello, y con su retórica utópica y simplista completa la circularidad del problema populista.

Si investigamos cual es en esencia el nudo del problema, descubrimos que hay un deseo de vivir por encima de la productividad del trabajo que nadie se atreve a denunciar.

Sin embargo, este problema, así como el dilema del gasto social que se ha tornado excluyente con la estructura actual del Estado, no se pueden ni mencionar para no afectar las posibilidades electorales.

En el último ciclo populista, favorecido por precios internacionales de nuestros bienes exportables muy altos, creció desmesuradamente el gasto público, en parte por la super renta que se socializó con impuestos a la exportación.

La realidad hoy es que mantener una estructura federal de gobierno, con 24 jurisdicciones y cientos de municipios, más la gravitación de la educación y la salud pública, se vuelve imposible con el actual gasto social de perfil escandinavo.

Todo esto es muy claro en los sectores de servicios, dominados por el Estado y que constituyen un mecanismo transmisor de costos elevados- el llamado costo argentino- a los productores de bienes.

El Estado patrón o empresario no tiene fortaleza política para negociar salarios nominales y termina siendo víctima de la extorsión populista, que declama derechos no atendidos e injusticias.

El desafío del momento

La Argentina necesita imperiosamente crecer para resolver o comenzar a hacerlo, graves problemas humanos y sociales que entorpecen la convivencia y la paz.

Entre ellos, uno de los más importantes es el del empleo. Bajo cualquier parámetro que se analice, la situación del empleo es dramática y está disimulada por un enorme gasto público social, que no resuelve el problema de fondo y, sin embargo, crea poderosos intereses para su continuidad indefinida. El desempleo que parece bajo, se disimula por el empleo en negro, la baja tasa de actividad y el empleo público directo e indirecto.

Cuando se habla de crecer se piensa inmediatamente en la producción de bienes. Nuestro país ha desarrollado la agricultura y la ganadería, algunos cultivos industriales y la minería, con un standard de competitividad adecuado. En la industria hay ejemplos buenos y malos, pero en el balance no gravita significativamente y tampoco parece factible que lo haga en el futuro. El único mercado de exportación industrial de importancia es Brasil, que hace un tiempo decidió volcarse a la agroindustria ante la imposibilidad de competir con China. Nosotros seguimos protegiendo los textiles y el armado de componentes electrónicos, poniendo un impuesto de ineficiencia gravoso al resto de la producción.

La realidad es que el único sector con peso para resolver nuestros problemas de crecimiento y empleo, son los servicios. Representa el 65% de la producción total y en los países semejantes al nuestro, por ejemplo, España, ya superan el 75% del total.

Hay varios motivos para hacerlo. En primer lugar el atraso relativo del sector es enorme. La eficiencia de los servicios es limitada y su ineficiencia paradigmática. Lo peor de la Argentina, como modelo de organización y producción son los servicios. Por ello, con muy poco se puede lograr un aumento muy importante de la productividad. En el ranking de competitividad del World Economic Forum, Argentina ocupa el puesto 136 sobre 140 países en eficiencia en el mercado de bienes y servicios y 139 en el mercado de trabajo.

En segundo lugar, los servicios son actividades eminentemente urbanas. La Argentina es un país casi excesivamente urbano, el 95% de la población vive en ciudades más del 2% que lo hace en pueblos de más de mil habitantes. Los problemas de empleo están en las ciudades.

En tercer lugar, gracias al ingenio de una parte de los argentinos que han podido evadir regulaciones restrictivas del Estado, han crecido las exportaciones de servicios de elevado valor agregado. Son servicios de servicios contables, legales, desarrollos informáticos de todo tipo, consultoría y otros de elevada sofisticación que representan

al momento U\$S 5800 millones de exportaciones anuales. Si se potencian estos mercados, se lograrán resultados sorprendentes. Hoy sufren doble imposición en Ganancias e impuestos municipales, como el que cobra la ciudad de Buenos Aires. Las exportaciones del complejo soja fueron en 2015 del orden de los 10 mil millones de U\$S. La comparación aquilata la importancia de los servicios.

En cuarto lugar, la esperanza de que crezcan los sectores de producción de bienes agropecuarios o industriales es vana sin una mejora en los servicios.

La estructura obsoleta del transporte, la logística, los puertos, las vías navegables, los servicios aéreos, incluyendo la operación en aeropuertos, se han convertido en un peso para la producción que encarece la cadena de ventas a límites absurdos. Sólo la producción de soja en la zona núcleo, única pradera agrícola en el mundo tan cerca de los puertos, puede soportar la ineficiencia del transporte.

En quinto lugar, el avance tecnológico y la creciente robotización, convertirán en piezas de museo nuestra organización actual de los servicios. El dilema será cada vez más acuciante y conspirará con el logro de los objetivos que el mismo Gobierno propone. Por ejemplo, acaba de promulgarse una ley de transparencia de la información pública, mientras la Inspección General de Justicia sigue sin digitalizar la información y cobra una tasa exorbitante para dar una copia de un balance. Su organización es un caso paradigmático de lo que no hay que hacer.

En sexto lugar la transformación de los servicios requiere principalmente, un gerenciamiento adecuado del personal y diseños de funcionamiento de los mercados sobre la base de la competencia; conocimiento perfectamente accesible. La experiencia de las privatizaciones de los 90, dejó algunos resultados positivos y otros no tanto. En ciertos proyectos se diseñaron los modelos con objetivos para maximizar el precio de contado, sin contemplar las condiciones de competencia y las ventajas del consumidor. Fue un negocio político más que económico. El desafío es superar la instrumentación corrupta de la reforma.

La pregunta del momento es si es posible crecer contra la voluntad de los factores de poder defensores del modelo populista. Obviamente se requiere una pedagogía política adecuada, que explique que repetir la misma receta fracasada no puede llevarnos a un resultado distinto del fracaso actual. La esperanza de las víctimas de este modelo populista es que este mensaje se comprenda.